amiga mia para espiarme mejor y ver si yo la confiaba mis secretos, á fin de averiguar donde se os podria coger con vuestros compañeros, pero ella, en vez de hacerlo así, ha sido para mí un ángel de consuelo, y me lo ha revelado todo, jurándome que preferia morir, á causarme el menor daño. Prescindiendo de esto, mi amiga me salvó ayer con sus gritos de las violencias de un prelado que se introdujo aquí para hacerme infames y vergonzosas proposiciones.

Como mi pobre amiga se negó á cumplir las órdenes de la abadesa, nos impusieron á las dos el mismo castigo, obligándonos durante todo el dia á servir á las demás hermanas, y llegada la noche, nos encerraban aquí, sin querer escuchar nunca nuestras súplicas.

Al referirme lo que la habia pasado, las lágrimas ahogaban á veces las palabras de mi querida Nanna, y os aseguro, capitan, que instintivamente llevé la mano á la empuñadura de mi daga con ánimo de vengar tantas iniquidades; creed que no sé como me contuve, pues estaba furioso, y solo la presencia de la abadesa me irritaba la sangre, mas por fortuna me dominé al reflexionar que sin aquella mujer me habria sido difícil salir del paso, y dirigiéndome á ella, le pregunté:

—¿Dónde está la segunda puerta de que me hablabais? Necesito saber á donde conduce.

—Es una salida secreta del convento; acercaos á ese rincon, levantad los ladrillos que están mas húmedos, y yo os enseñaré el camino.

Hízelo así, y efectivamente, debajo de los ladrillos, ví una especie de trampa, que despues de levantada dejó en descubierto una escalera de caracol. Ya no necesitaba saber mas; saqué una cerilla de las que siempre llevo á prevencion, y dándosela á la abadesa, la ordené que marchase adelante y nos alumbrara.

¡ Cuántos crímenes, pensé yo para mí, se habrán cometido en esta mansion del vicio, donde se puede entrar y salir sin ser visto de nadie ! ¡ Ah ! pobres padres, que creeis enviar á vuestras hijas á un santo asilo, é ignorais lo que pasa en los conventos !

Despues de haber bajado unos cincuenta escalones, penetramos en un espacioso corredor que desembocaba en una sala, la cual en mi concepto debia ser tambien muy grande, pues yo no veia las paredes ; apenas hube dado diez pasos, parecióme oir unos lamentos y me detuve para escuchar mejor, pero mi curiosidad debia costarme cara, pues cuando quise alcanzar á la abadesa, ésta habia desaparecido ya, dejándome en la oscuridad.

¡ Rayo del cielo ! la infame abadesa se habia burlado de mí ; salté como un tigre enfurecido, y quise correr á riesgo de romperme la cabeza, pero la oscuridad me lo impedia; durante algun tiempo anduve á tientas, y ya empezaba á temer que no me seria posible salir de allí, cuando al apoyarme contra una pared, parecióme que esta se movia.

Entonces renacieron mis esperanzas, y habiendo reconocido por el tacto que la pared era de madera, empujé con todas mis fuerzas, y aquella cedió al fin, lo cual me hizo pensar que habia encontrado una puerta secreta, pero en aquel instante percibí un olor nauseabundo, y oí de nuevo los gemidos que me llamaran antes la atencion.

Por fortuna me quedaban algunos fósforos en el bolsillo, encendí uno, y observé que en efecto me hallaba junto á una puerta que se abria por medio de un resorte ; á pocos pasos ví en el suelo la cerilla que habia dado á la abadesa para que nos alumbrase, y un poco mas allá estaban mis dos amigas apoyadas contra la pared, pero tal era su espanto, que no pudieron articular una palabra al oirme la primera vez.

¡ Ánimo ! les dije yo, cogiéndolas del brazo, es preciso que tratemos de alcanzar á esa infame abadesa.

Las pobres mujeres se cogieron á mí temblando, y los tres penetramos en la habitacion á que daba entrada la puerta secreta, en cuyo dintel nos detuvimos mudos de espanto..... ¡Qué horror! recostados contra las paredes, vimos varios cadáveres con los piés y manos atadas, y en medio de ellos un jóven, que aunque vivo aun, parecia un fantasma, y fijaba en nosotros sus miradas suplicantes. Por grande que fuese el peligro en que nos hallábamos, yo no podia dejar abandonada aquella pobre víctima, sin tratar de ponerla en libertad, pero, ¿qué podia yo hacer? Sus cadenas estaban sujetas á la pared, y estas eran de piedra ; allí no habia nada á propósito para romperlas ; allí no se veian mas que instrumentos de tortura que inspiraban espanto, tenazas, pinzas, cuerdas, caballetes, y todos los artefactos de que se valen los curas para martirizar á sus víctimas.

Nanna y María, este era el nombre de la compañera de mi esposa, trataban por su parte de consolar al jóven, cuando al fijar yo mi vista en un rincon, parecióme ver una llavecita, cogíla ansioso, la probé en el candado que sujetaba las cadenas, y tuve al fin el gusto de poner en libertad al pobre jóven.

Cuando terminaba mi operacion, Nanna me oprimió el brazo, y sin proferir una palabra, señalóme una luz que brillaba en la oscuridad y que se iba aproximando poco á poco.

Acercábase una de las patrullas encargadas de recorrer los subterráneos por la noche ; el que iba delante llevaba en la mano izquierda una linterna sorda y en la derecha una pistola, y no era posible evitar que nos viese, pero cuando estuvo cerca, antes de darle tiempo á que se defendiera, arrojéme sobre él y le atravesé el pecho con mi daga. Ya sabeis, capitan, que no me gusta verter sangre, y que nunca lo hize sino en defensa propia, mas en aquella ocasion, no era cosa de tener consideraciones, y como mi víctima habia lanzado un grito al caer, y podian llegar sus

compañeros de un momento á otro, hacíase preciso no perder ni un solo instante ni detenerse para celebrar consejo, tanto mas cuanto que el jóven libertado por mí, parecia irse recobrando poco á poco, y mis dos amigas se hallaban dispuestas á prestarme su auxilio con tal de salir de aquel tenebroso antro. Pero, ¿qué partido tomar? Intentar salir por donde habíamos entrado, hubiera sido una locura, y por lo tanto no quedaba mas remedio que escapar por otra parte. Yo comprendí que nos hallábamos en las catacumbas, y al dirigir una mirada á mi compañero, me confirmé en mi opinion, por que el jóven hizo una señal afirmativa con la cabeza, y se puso la mano sobre el pecho como para indicarme que podia contar con él.

Ya habian pasado algunas horas, y seguramente se estaban haciendo preparativos en el convento para cortarnos todas las salidas, pero Tito, este era el nombre del jóven, á quien yo habia librado de una muerte segura, parecia conocer muy bien aquellos sitios, y habiendo encontrado á pocos pasos algunos restos de hachas, pudimos continuar rápidamente nuestro viaje subterráneo.

A la media hora de camino, acercóse á mí el jóven, y señalándome una luz que se veia á lo léjos, me dijo:

—Allí hay una salida que da al jardin del convento, y una vez que hayamos pasado por ella, estamos fuera de peligro.

Nanna y su amiga nos seguian animosamente, sin dar señales de cansancio, y á las dos horas de marchar oí por fin á Tito esclamar:

—Allí está la salida; por ella penetraremos en los bosques del castillo de Guido, punto adonde me condujeron una vez para llevarme luego á uno de esos seminarios de Roma, que no son otra cosa sino escuelas del vicio y de la inmoralidad.

A los pocos minutos, estábamos junto á la abertura, obstruida

en parte con ramas y hojarasca, que yo aparté auxiliado por mi compañero, y pudimos esclamar con alegría:

—¡Nos hemos salvado! nuestros perseguidores no han podido darnos alcance.

Por mi parte no pude menos de estrañar que aquella estrecha salida condujera á unas catacumbas tan espaciosas.

—Si por aquí se va al castillo de Guido, dije yo, no léjos de el debemos encontrar la morada del pastor poeta.

—Sí, repuso Tito, está á pocas millas de aquí, y yo os conduciré si quereis, con tanta mejor voluntad cuanto que allí podremos descansar y satisfacer nuestro apetito.

Era ya muy entrado el dia cuando salimos del subterráneo, pero los rayos del sol no penetraban en el espeso bosque que íbamos á recorrer. Aquel paseo hubiera sido seguramente muy agradable en otra ocasion, pero entónces, debilitados por el hambre y el cansancio, no pensábamos en otra cosa sino en reposar de nuestras fatigas. Por fin, al cabo de dos ó tres horas, apareció á nuestra vista la choza que buscábamos, y por fortuna, hallábase nuestro amigo á la puerta, como si esperara algun visitante.

—¡Ah, Marzio! esclamó al reconocerme, y estrechándome la mano afectuosamente, no era á vos á quien creia ver hoy, sino á los esbirros del gobierno, pues ha corrido el rumor de que una parte de vuestra banda anda por estos alrededores.

Y acercándose á mí, añadió en voz baja:

—A poca distancia de aquí está Emilio con diez compañías.

—Entonces, contesté yo, en vez de los cazadores encontrareis solo la caza, amigo Lelio, pero esto no importa con tal que me deis por ahora algo de comer y beber, pues venimos rendidos de cansancio y muertos de hambre.

—Entrad, entrad y os daré cuanto querais; tengo jamon, queso, crema, pan en abundancia y escelente vino de Orvieto;

comed y bebed mientras yo vigilo, que luego hablaremos.

Despues que hubimos satisfecho nuestro apetito y saciado nuestra sed, rogué á Tito que me contase sus aventuras, pues tanto yo como mis amigas deseábamos saber qué podria haber hecho para que se le condenase á una muerte tan cruel como la que le esperaba, y el jóven deseoso de complacernos en todo, comenzó su historia en estos términos:

—Yo soy hijo de Roma, y mi padre era administrador de las estensas posesiones del cardenal M..... Por consejo de su Eminencia se me envió á un seminario á la edad de quince años, á fin de que siguiera la carrera eclesiástica, y durante algun tiempo me ví precisado á dedicarme á unos estudios, á los cuales no tenia la menor inclinacion. El padre Petrucchio, director del seminario, me tomó cariño sin saber yo por que, lo cual bastó para escitar la envidia de mis compañeros, tanto mas cuanto que el buen padre me llevaba á paseo algunas veces, y me tenia toda clase de consideraciones. Aun cuando á mí no me gustaba la compañía de mi director para ir á pasear, consolábame algunas veces cuando íbamos al convento de San Francisco á visitar á la señora abadesa y á las monjas, á las cuales debia agradar sin duda mi conversacion y mi aspecto, pues me colmaban de obsequios, dispensándome toda clase de atenciones. La abadesa que ejercia mucha influencia sobre el director del seminario, obtuvo sin dificultad que se me destinara al servicio religioso del convento, sobre todo para ayudar á misa al anciano sacerdote que oficiaba para las monjas, y al poco tiempo pude comprender que la superiora se habia enamorado de mí, y que yo era su favorito. Pasaron algunos meses, durante los cuales, ya con un pretesto ú otro, no iba nunca al seminario, sin que por esto se me dijese nada, pues protegiéndome el director, que deseaba complacer á la abadesa, para que ésta le dejase entrar libremente en su convento, podia

hacer lo que se me antojara. Como he dicho antes, era yo poco inclinado á los estudios religiosos, gustábame mas la caza, las aventuras y los peligros, y así es que, en mis frecuentes escursiones á las cercanías del castillo de Guido, me familiarizé con todos aquellos lugares, habiendo esplorado varias veces el vasto subterráneo por el cual hemos escapado del convento, que me servia á mí para entrar y salir á todas horas, aunque no siempre para ver solo á la abadesa. Seria muy largo referiros todos los disgustos que mediaron cuando empezó á tener celos de mí, celos que no dejaban de ser fundados, pues á pesar de mis precauciones, descubrió que yo estaba en inteligencia con algunas hermanas jóvenes, á quienes era natural prefiriese. Las iniquidades que he presenciado en esa escuela del vicio, no son para dichas; básteos saber que muchos séres inocentes han perdido allí la existencia despues de horribles sufrimientos, y como era de esperar llegó un dia en que avergonzado de tantas infamias, resolví alejarme del convento para no volver jamás. Pero yo habia sorprendido ya demasiados secretos para que se me dejara marchar fácilmente; la infame abadesa, aquella vieja licenciosa, adivinó sin duda mi pensamiento, pues un dia me llamó y me dijo: «Tito, bajad al subterráneo y traedme algunas hachas, pues me las han pedido para una procesion y tengo que enviarlas cuanto antes.» En el primer momento presentí que me iba á suceder alguna desgracia, pero luego ocurrióme que precisamente era aquella la mejor ocasion para llevar á efecto mi plan, y sin vacilar un momento bajé presuroso al subterráneo. Apenas hube dado en él cuatro pasos, se arrojaron sobre mí cuatro hombres, y despues de atarme de piés y manos, encerráronme en la habitacion secreta de donde tan milagrosamente me habeis sacado. Los que me cogieron eran agentes seguros de la abadesa, y por lo tanto fueron inútiles mis súplicas y mis promesas; estaba destinado á ser una

víctima, como las demás que visteis en aquella habitacion fatal.»

Cuando Tito hubo terminado su historia, quise saber todo lo que le habia pasado á Nanna durante su cautiverio, pero tanto ella como su amiga María, rendidas de fatiga, y una vez repuestas de su debilidad por falta de alimento, habíanse quedado dormidas profundamente, y no pasó mucho tiempo sin que me sucediera á mí lo mismo. No sé cuantas horas estuvimos entregados al sueño, pero al despertar tuve el gusto de verme rodeado por mis valientes compañeros, que habian llegado hacia poco, de modo que ya no debia temer á nadie.

Y al decir estas palabras, Marzio se retorció el bigote con orgullo, satisfecho sin duda de la influencia que ejercia en aquel puñado de valientes.

—Ya podreis figuraros, capitan, continuó el teniente, cuanto me alegré de verme entre aquellos bravos, los cuales me estrechaban la mano afectuosamente. Esos hombres, cuyo corazon está endurecido, segun el vulgo, por toda clase de crueldades, tienen sentimientos generosos y noble corazon; son hijos de esa clase del pueblo que si no estuviese educada por los curas, daria héroes al pueblo, y al mundo los ejemplos de virtud y abnegacion que dieron nuestros padres.

Habiendo salvado tan milagrosamente á mi Nanna, y viéndome de nuevo entre mi gente, tenia suficiente motivo para estar satisfecho con mi suerte, pero aquí repetiré lo que vos deciais tantas veces, capitan, á saber, que no hay dicha completa en este mundo; esto es una verdad incontestable, y no tardé en convencerme de ello. Sin duda os acordareis de aquel infame prelado de San Pablo que se fingia tan amigo nuestro, y á quien siempre tratábamos con la mayor consideracion; pues bien, el miserable, que en un principio se habia enamorado de mi Nanna, nunca me perdonó que ésta correspondiese á mi cariño.

El padre Vantano, con esa diabólica habilidad que le distingue, llegó á ponerse en relaciones con la familia de Nanna, y pudo conseguir al fin hacerme aborrecible á sus ojos. Los hermanos de la jóven, segun me dijo ella despues, ayudados por otros amigos, proyectaron una trama, y guiados por el cura, asaltaron la casa de Marcelo y se llevaron á mi mujer, como os he dicho antes.

El recuerdo de este hecho bastaba para que fuese yo mas previsor, y por lo tanto, aun cuando dejé á Nanna con su amiga María, que no se queria separar de ella, en casa de Lelio, andaba yo siempre por los alrededores con el afan de un avaro que guarda su tesoro, si bien era muy difícil que me robasen por segunda vez mi querida compañera, pues el jóven Tito ejercia la mas esquisita vigilancia.

Sin embargo, ved hasta donde puede llegar la maldad de un cura: reconociendo el padre Vantano que no le seria posible arrebatar de nuevo su presa, resolvió destruirla. Habiendo dado Nanna á luz una niña, Lelio la aconsejó inocentemente que mandase venir una nodriza del castillo de Guido, pero precisamente la mujer que se eligió estaba en inteligencia con Vantano, y se hallaba en dicho punto por órden de éste, de modo, que segun veis, no se puede uno fiar de nadie, allí donde ejercen su influencia esos malditos clérigos.

Aquella mujer, á quien como otras muchas, se habia sobornanado, haciéndola creer que se iba á condenar si no obedecia las órdenes de los ministros del Señor, accedió á dar un veneno á mi pobre Nanna, y de este modo perdí mi esposa y mi hija, y con ellas lo que mas amaba en este mundo.

Al dia siguiente de haber espirado la desgraciada jóven, mi gente fué sorprendida por una numerosa fuerza Pontificia, y aunque todos aquellos bravos se batieron desesperadamente, hubieron de retirarse al fin, no pudiendo resistir á tantos enemigos. A mí

me cogieron cuando estaba velando el cadáver de Nanna, mas era tan profundo mi dolor, que no quise defenderme, y despues de habérseme atado de piés y manos, me condujeron á Civita-Vecchia, desde cuyo punto pasé á Roma al cabo de algunos meses. Poco tiempo despues me pusieron en libertad, haciéndome jurar que respetaria la autoridad del Papa y que serviria fielmente á ese impostor, á ese déspota, causa de tantas desgracias. Yo juré, capitan, os lo confieso, pero al mismo tiempo he jurado hacer la guerra mientras viva, sin tregua ni descanso, á toda esa canalla de quien seré siempre el mas encarnizado enemigo.

CAPITULO LII.

Los Cairolis y sus setenta compañeros.

Un pueblo bien gobernado no se rebela nunca: los motines y las revoluciones son las armas de los oprimidos y de los esclavos, pero la tiranía es la que produce los unos y los otros. Puede haber sin embargo alguna escepcion, y asi vemos que en Inglaterra, Suiza, y los Estados-Unidos, han estallado, y aun pueden estallar insurrecciones, por mas que en esos paises haya muy buenos gobiernos. Los Estados de la Union han sido en estos últimos años el teatro de una revolucion terrible, cuya causa principal fué la tiranía que los colonos ricos del Sur, ejercian sobre sus esclavos, tratando de estenderla por todo el país.

La tiranía moral ó material es siempre causa de la revolucion, y nadie podrá negar que en Roma dominan la una y la otra, y allí es donde ejercen su irritante despotismo los prelados que han permitido al estrangero pisar á Italia, vendiendo á la nacion miserablemente. Esta es para mí la mas depravada de todas las tiranías.